

Je t'aime, Enith

por Ivana Valeria Rodríguez Rodríguez

Enith era una gata calicó de cabello largo y enredado. Solía acicalarse con su lengua en días calurosos y le gustaba dormir recostada encima del alféizar de las ventanas de su hogar. Tenía unas patitas suaves, uñas filosas cuando llegaba a molestar y sus ojos eran color miel. Su "dueña", Agnes, era una niña alegre y vivaz que amaba recostarse sobre la panza de Enith hasta que ella gruñía, que un día se comió sus croquetas escondidas de sus padres y que, por pura novedad, decidió hacer castillos de arena en su arenero.

Enith estaba hasta el gorro de Agnes, pensaba que era una niña maleducada y que no sabía su lugar, pero tendría que aprender a tolerarla. Por el otro lado estaba el padre de la niña traviesa, Tom, quien era todo lo que Enith podría esperar de su dueño. Sus manos eran grandes y cálidas, además de que daban los mejores masajes. Su voz era calmante como sus ronroneos y era un ser silencioso y nocturno. Varias veces lo había cachado preparándole un pastel a la pequeña Agnes una noche antes de que se armara una fiesta colosal y ruidosa en la casa. Cuando había situaciones que estresaban a Enith, Tom la tomaba en brazos y la arrullaba, y en invierno era quien le daba paso tras las sábanas a la pequeña gatita, por más que su esposa Marie se molestara del peludo animal.

Todos amaban a Tom en casa y Enith jamás sería la excepción, ella lo adoraba. Pero jamás comprendió porque su cabello comenzó a caerse, o cuando se fue en un atuendo azul celeste acompañado de Marie y jamás regresó a casa.

Marie, quien antes era una señora gruñona pero afectuosa con Agnes, había cambiado por completo. Su semblante demostraba la falta de cuidados que estaba teniendo últimamente. Antes dejaba a Enith subirse a las encimeras o incluso a la cama, pero ahora no quería ni tenerla cerca. Verla sólo le provocaban lágrimas y maldiciones, para después ahuyentarla con la mano.

Enith no comprendía que pasaba con su familia, ¿qué había pasado con Tom? ¿Y por qué Marie estaba tan rara? Y eso que no ha hablado de Agnes...

Le pequeña niña alegre que rondaba por la casa haciendo charcos de agua y pegaba fideos con pegamento y listones era ahora una persona completamente distinta. Su cara tenía esos ojos opacos y llorosos todo el día, y se hacía ovillo en su cama, no quería ver a su mamá ni a sus abuelos, quienes a veces estaban de visita. Enith podía escucharla chillar a lo lejos, y se acercaba. Sólo a lamerle los ojitos, pues el agua salada le sabía bastante rica. Además, eso parecía animarle un poco.

Agnes era una niña rubia y de talla baja, de ojos avellanas y con muchas pecas, tantas que incluso había días donde Enith llegaba a mordisquear su cara pensando que era comida. Solía pasarse los días al sol bañándose con la manguera, pero ahora se la pasaba encerrada, en las sombras.

—La niña no quiere salir, ni siquiera para hablar conmigo... ya no sé qué hacer—
Eso fue lo que dijo Marie desesperada a los abuelos de Agnes, y si Marie, la impasible Marie estaba tan preocupada, entonces Enith también. ¿Dónde estaba Tom para darle un abrazo a Agnes y secarle sus lágrimas? Enith comenzó a maullar intentando formularle la pregunta a Marie, pero ella dejó escapar una lágrima y la empujó afuera con el pie. Semejante falta de respeto...

Decidió entonces que en lo que Tom volvía a casa, ella sería quien se encargaría de hacer que Agnes se sintiera amada, pues es lo que él habría hecho en su lugar. Ronroneó decidida y rascó el sillón para liberarse del estrés que le generaba ese tonto plan, Agnes era irritante, sí, pero si Enith quería hacer que Tom se sintiese orgulloso, entonces lo haría.

Subió a la cama de Agnes con sus suaves patitas, pero en el camino, saltó sobre ella y sus ocho kilogramos aterrizaron abruptamente en su estómago. Agnes chilló un poco.

—¡Enith, mi estómago! — le gritó entre risas, luego la miró y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tomó a Enith como peluche bruscamente y la apretó contra su pecho.

A Enith la consumían las ganas de maullar con agresividad y salir de ahí corriendo. Pero se contuvo y se puso en una posición más cómoda. Aunque moviendo su cola como látigo en señal de advertencia.

Enith se quedó con Agnes hasta que esta se quedó dormida, después logró escapar de sus apretados brazos y comenzó a merodear por la casa en busca de un lugar cómodo para echarse una siesta.

Cerca de las plantas gateras que criaba Tom estaba Marie, mirándolas con melancolía y regándolas con sus lágrimas. Enith se indignó, pues le parecía que Tom era el único que podía tocar esas plantas que ella mordía cuando estaba aburrida, por lo que brincó sobre ella y le maulló en la cara.

—¡Enith! — exclamó Marie, la había tomado por sorpresa. La gatita calicó la miró fija a los ojos y maulló con desconcierto. —¿Tu qué haces aquí, tontita? —su voz parecía atorada en su garganta, hizo una mueca para evitar llorar. Acarició suavemente la cabecita de Enith, esto la impresionó un poco, la fría Marie jamás la acariciaba. —¿Extrañas a Thomas? ¿Hm? —le soltó con un cariño abrasador. Se puso las manos sobre su cara y comenzó a llorar desconsolada.

Enith había hecho una promesa con su Tom, ella cuidaría de su familia en lo que él volviera, y así lo hizo en el momento que rompió las barreras de aquella frialdad que parecía permanente entre ella y Marie. En el momento que se acurrucó alrededor de sus brazos, ronroneó a su lado y lamió la agüita con sal proveniente de sus ojos, la barrera invisible entre ambas se quebró. Marie miró a Enith en sus brazos, estupefacta, y al cabo de un rato correspondió este abrazo con fuerza y derramó lo que tenía oculto por mucho tiempo.

Tras el desgarré emocional que tuvo Marie, Enith había quedado empapada, tal y como lo estaban los árboles que veía afuera de su ventana, cubiertos de lluvia fresca y nubes grises, un clima característico de su región francesa, se acicaló su cabello enredado debajo de la cama de Agnes, esperando no ser descubierta por la pequeña y permaneció escondida ahí hasta que fue la hora de la cena. Marie había preparado el emblemático plato francés *boeuf bourguignon*, un buey acompañado con vino y sazonado con múltiples vegetales.

Aunque generalmente, desde que Tom no estaba en casa Marie solía correr a Enith de la cocina, esta vez tenía un lugar y plato especial preparados para ella. Agnes, alegre y con ayuda de su mamá le acomodó la silla con almohadas a la gatita traviesa y también le sirvió un plato de borgoñona sin vino para que se sentara a disfrutar con ellas. La niña ahora mostraba su sonrisa escasa de dientes y su mamá se esforzaba en seguirle el juego tal y como lo hacía su padre. Los ojitos avellanos de Agnes recuperaron un poco de su brillo y por alguna razón eso regocijaba de alegría a Enith.

Los días comenzaron a pasar desapercibidos, fue difícil al principio, incluso ahora había días donde Agnes sólo observaba las fotos familiares y se escondía debajo de los sillones en soledad, y en los que Marie salía de la casa a hundirse en sus sollozos. Pero para ellas siempre estaba Enith, quien se acurrucaba en los bracitos de Agnes hasta que ella se calmara y le lamía los ojitos a Marie hasta su consuelo.

Mas nada de lo que hacía respondía la pregunta de Enith, ¿Dónde estaba Tom? Su amado Tom se había ido. Enith se había convertido en una gata vieja, y terminó por aceptar que él ya no volvería por “alguna razón humana”, aunque siempre lo tendría guardado en su corazoncito de gato, *¡miau!*

Marie y Agnes se volvieron su nueva familia. Agnes ya no era una niña, ya no se vestía con tutús ridículos ni pegaba pasta y listones en un papel, ahora era una jovencita que utilizaba pantalones y su cabello rizado, ortodoncia y cosméticos para cubrir sus bellas pecas, lentes circulares rosas y uñas de color blanco. Ahora ella se hacía responsable de Enith, que se estaba volviendo toda una anciana. Era quien le peinaba el cabello enredado mientras que la gata lloriqueaba y quien se recostaba a su lado por las noches. Marie, por su parte, quien tanto aborrecía a Enith en un principio, ahora le preparaba un platillo especial cuando se encontraba de buen humor y le daba besitos a cada hora del día. *Muac, muac, muac.*

—No falta poco para que se encuentre con Papá...— oyó decir a Agnes con voz apagada, una que otra lágrima se deslizó por sus mejillas rojizas. Marie la abrazó, aunque permaneció en silencio, asintiendo con ella. Pero Enith, quien detestaba ver a su familia triste, les maulló, Agnes se fue a calmar su llanto a otra habitación,

y Marie se quedó con la gatita. *Muac, muac, muac*, a Marie le fascinaba besar a Enith en la cabeza, la gata incluso pensaba que era para no extrañar tanto a Tom.

—Eres la mejor gata, ¿lo sabías, tontita? —Los ojos de Marie se habían secado de tanto llorar, por lo que únicamente esbozó en sus labios una sonrisa melancólica.

—“*Je t’aime, Enith*”, ¿prometes saludar a Thomas por mí? —La gatita, sin entender los balbuceos de su amada Marie, ladeó un poco su cabeza y le maulló dulcemente.

Esa noche, Enith cayó en un sueño profundo, era cómodo y pacífico, tanto que no quería abrir sus ojitos miel, pero al reconocer ese tan característico tacto, tan reconocible masaje, los abrió de golpe.

Un hombre de tez pálida y de cabello rubio y lacio. Ojos azules como el cielo, y sonrisa de ángel, así recordaba a su Tom.

—¡*MIAUUU!* —“¡Tom!, ¿dónde has estado? ¡Te extrañe demasiado, Agnes y Marie también, debes volver con ellas cuanto antes!” Enith no paraba de maullar y moverse como loca alrededor de Tom, intentó olerlo, pero su aroma era inodoro, después intentó encontrar a Agnes y Marie, mas no estaban en ninguna parte, le maulló a su dueño desconcertada. Él se hincó a su lado y le masajeó la cabeza.

—Gracias, mi pequeña Enith, por cuidar a mis niñas por mí, eres una gatita muy fuerte, no tienes idea de lo orgulloso que estoy de ti —Enith se quedó impactada por un rato, era la primera vez en su vida que lograba comprender las palabras de un ser humano. Se abalanzó sobre Tom con sus garritas y se aferró con fuerza a su hombro, jamás lo dejaría ir de nuevo, si él intentaba zafarse de su agarre, ella movería su cola como un látigo y maullaría en señal de advertencia.

—Vámonos Enith, Marie y Agnes se reunirán con nosotros pronto.

Enith se fue con Tom en sus hombros, cálida, alegre y feliz, pues había encontrado a su amado dueño y él le aseguraba que pronto su familia estaría unida de nuevo. Juntos caminaron por un camino de rosas blancas y se fueron a casa.

FIN